

Ciudadanía, democracia y televisión: desafíos para la formación en tiempos de intolerancia¹

Lorena Antezana Barrios

Ellas bailan solas

Han pasado 50 años desde el golpe de Estado y parece que no es mucho lo que hemos aprendido. Ni de democracia ni de respeto a los derechos humanos. Al RE RE RE RE (reconstruir, recuperar, refrescar, republicano) que se impuso en las urnas el pasado 7 de mayo de 2023, le sigue como parte del mismo estribillo el IN IN IN IN (intolerancia, indiferencia, incivilidad, individualismo) el resto del año.

Son tiempos de retroceso a pesar de los múltiples desafíos y oportunidades que tenemos como sociedad para enmendar el rumbo. Entre todos los balances que se están (o no) realizando desde distintas colectividades me gustaría referirme a uno que particularmente me preocupa: nuestra incapacidad como adultos de compartir experiencias y aprendizajes sobre el pasado reciente con las nuevas generaciones. Los efectos de esta incapacidad la empezamos a sentir en el desapego que muchos jóvenes manifiestan hacia los ideales democráticos, la violencia como forma de resolución de conflictos,

la intolerancia frente a otros que piensan distinto y, claro, el desconocimiento sobre el pasado reciente.

Mi interés por el tema a nivel académico y su conexión con mi propia historia de vida se activa en mayo de 2012. Ese año invité a una estudiante alemana cuya estancia de investigación doctoral yo patrocinaba en el entonces Instituto de la Comunicación e Imagen (hoy Facultad) a presentar los avances de su investigación en mi curso de Lenguaje y Cultura para estudiantes de primer año de las carreras de Periodismo y Cine y Televisión. Su trabajo era sobre la cueca sola.

Ninguno de los 51 estudiantes sabía nada sobre la cueca sola. Uno de ellos, impactado por el tema, pero también por no saber nada sobre él, le preguntó a la expositora por qué una chica alemana que estudiaba en Estados Unidos sabía sobre la cueca sola. Ella le dijo que era una fanática de Sting y él tiene una canción cuyo título es Ellas bailan solas. Al buscar el video clip de la canción encontró la presentación que Sting realizó en Chile en octubre de 1990, en el concierto Un abrazo a



Foto: Ferrán Vergara

la esperanza de Amnistía Internacional, y entonces vio a unas mujeres bailando en el escenario, con sus blusas blancas, sus faldas negras y las imágenes de sus seres queridos, también en blanco y negro, prendidas en sus blusas bajo el rótulo de ¿Dónde están? Quiso saber sobre ellas.

Estoy segura de que mis estudiantes de aquella época nunca olvidarán ni la escena ni el motivo de esta canción. La cueca sola será parte de sus registros emotivo-memoriales. Y es también parte de los míos.

Esta anécdota podría parecer un hecho aislado, si no fuera por su constante repetición con otros estudiantes, de otras edades y en distintos contextos. En general, los estudiantes universitarios parecen saber muy poco sobre la dictadura, casi no la conocen en sus colegios y escuelas, no es un tema que se aborde en las discusiones familiares (salvo en familias que tiene algún tipo de experiencia directa con la dictadura) y, aunque algunos lo hayan estudiado, simplemente no le prestaron mucha atención o no les pareció rele-

vante. Es decir, no se produjo ningún aprendizaje significativo sobre la temática que los obligue a recordarla.

Aprendizajes significativos y construcción de memorias

El desafío que enfrentamos es no solo buscar como incorporar de manera activa estos contenidos en los planes curriculares de formación —pues esto no garantiza necesariamente un aprendizaje efectivo—, sino lograr que éstos generen algún impacto. Es decir, un aprendizaje significativo al que se llega cuando estos son incorporados de manera afectiva y reflexiva a la vida cotidiana y, por cierto, en el caso de las generaciones más jóvenes, desde el presente.

Las producciones ficcionales sobre el pasado reciente en el país pueden ser un recurso para generar estos aprendizajes —que es parte de lo que

he investigado durante los últimos años (Antezana y Cabalín, 2022)— porque traducen los acontecimientos generales en problemas cotidianos, reduciendo su complejidad y personificando sus consecuencias. Por cierto que esto simplifica y estereotipa personajes y situaciones, pero la ficción —aunque sea histórica— no reemplaza la historia y tampoco el papel mediador que otras instituciones deben cumplir. En ese sentido, la socialización, la reflexión y la crítica son responsabilidad de todo el conjunto social, y en esto estamos al debe.

Ahora bien, para que una propuesta ficcional sobre el pasado reciente —y, específicamente, la dictadura— pueda servir para el aprendizaje cívico, para reforzar el “nunca más” o el valor de la democracia por sobre cualquier tipo de régimen dictatorial —elementos en los que también estamos al debe como sociedad— debe tener un punto de vista explícito que condene la dictadura y todas sus consecuencias. Tiene, entonces, que delimitar claramente quiénes son los buenos y quiénes, los malos, aunque se trabaje con tipos sociales²; y los buenos deben estar contra la dictadura. Esto no es (solo) para continuar polarizando la discusión y el debate público, aunque es bueno que esto siga ocurriendo, sino para que la identificación que realicen los telespectadores y la empatía esté claramente orientada a reforzar los valores democráticos.

Este aspecto puede generar resistencia, sobre todo en aquellos que están más bien a favor de seguir hablando de un empate, de dar vuelta la página, de tapar todo con una alfombra o, peor aún, de justificar la dictadura o admirar la “obra” de Pinochet y el supuesto “milagro” económico de su régimen. O para aquellos que creen que las personas pueden formarse su propia opinión, una opinión informada. Ambas situaciones son insostenibles y la conmemoración de los 50 años lo confirma. Primero, porque el consenso y el silencio de la transición no modificó en absoluto lo que las personas ya pensaban acerca de lo sucedido y esa discusión sigue pendiente; segundo, porque las personas no están más informadas que antes, saben bastante menos (sobre todo las nuevas generaciones) y entienden muy poco (basta leer los reportes sobre comprensión lectora en Chile).

Pero también puede generar resistencia (y de hecho la genera) para quienes sufrieron directamente el golpe de Estado, testigos, actores y sobrevi-

vientes, porque ficcionalizar implica reconstruir, convertir a personas en personajes y, en alguna medida, desacralizarlos. Bajar a los santos de sus pedestales y darles un envoltorio humano. Si no, no son creíbles; si no, no me puedo identificar con ellos. Es lo que ocurrió en Colombia con los relatos sobre las víctimas del narcotráfico³: al final, es más atractivo empatizar con el antihéroe y justificarlo.

Pensar en las nuevas generaciones debería facilitar el surgimiento de nuevos relatos (de ficción y no ficción) con otros autores, otros protagonistas y, quizás, otras versiones también. Es lo que están haciendo productores y escritores de las generaciones que siguen, que se atreven a criticar y cuestionar algunos aspectos de ese pasado, identificar o visibilizar errores que también se cometieron o matices en distintas experiencias. No buscando el empate. No justificando las atrocidades cometidas por la dictadura. Los malos siguen siendo malos. Sino, más bien, mostrando la escala de grises en las que nos movemos los seres humanos. Esas historias de hijos que sienten que no tuvieron a sus padres y sus familias cerca, de quienes crecieron lejos de su país, de quienes regresaron a insertarse en una sociedad y un Chile que ya no existía, de infidelidades, de soledades y, también, de silencios. Hay muchas más historias que contar y las heridas no son las mismas, pero siguen doliendo.

¿Y la formación (cívica)?

Retomo aquí la frase inicial de este texto sobre nuestra incapacidad como adultos de compartir experiencias y aprendizajes sobre el pasado reciente. No hay posibilidad de aprendizaje si no hay reflexión sobre ello y una postura crítica que me permita volver a mirar, desde la distancia, aquello que pasó y proyectar lo que podría haber mejorado o lo que habría sido mejor no hacer. Hacer un balance y reconocer errores y aciertos. Y parece que, a pesar del tiempo, no somos capaces de hacerlo. Entonces, ¿qué es lo que podemos compartir? O, ¿qué sentido tiene compartirlo?

Destaco el valor de la cultura popular, de la música, de los relatos, de los programas televisivos (incluso de aquellos que pueden considerarse banales) porque si son atractivos y entretenidos pue-

den generar aprendizajes que no se están dando en otros espacios. Pueden, al menos, sembrar una duda, despertar la curiosidad, invitar a conversar. Pueden ser el punto de partida para otros procesos que, por cierto, deben ser estimulados y desarrollados por otros agentes: no se producen solos. Destaco, también, la importancia de conmemorar y de los medios de comunicación por construir agendas que contemplen estos hitos. Si no insistimos en ello, los olvidaremos.

El aprendizaje humano opera sobre la imitación y los adultos que nos rodean y nos cuidan son los primeros modelos que seguimos. Y no tenemos elección. Es lo que nos toca. Estos 50 años no pasaron en vano: estamos más viejos, pero no más sabios. Y las nuevas generaciones aprenden esto. Mejor no discuto con alguien que no piensa igual que yo, mejor lo bloqueo o lo acuso constitucionalmente. Mejor no me disculpo por compartir información falsa, la elimino y la ignoro y me desentiendo de las consecuencias que ésta tenga. Mejor digo todo lo que se me pase por la cabeza, sin detenerme y pensar qué voy a decir. Lo puedo hacer porque en eso consiste ser libre: en hacer lo que yo quiera y sienta, lo que me nazca. No doy nada a nadie, pero quiero recibirlo todo, porque me lo merezco, porque es mi derecho. Y no quiero que nada cambie. En este escenario, todas las películas de ciencia ficción parecen anunciar lo que viene... y no hay ninguna que presagie un final feliz o un mundo mejor.

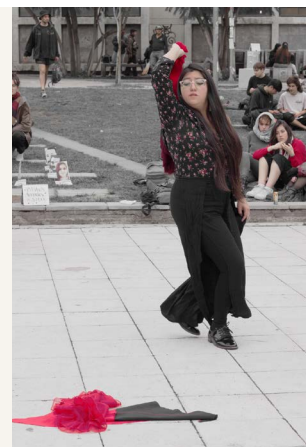
Por eso prefiero seguir mirando telenovelas. En ellas, al menos, los malos son malos, aunque algunos pueden redimirse. Es ficción, después de todo. Lo que los distintos personajes hacen tiene relevancia, impactan en los demás y deben hacerse responsables de sus acciones (y no necesitan un comité de ética o un Tribunal Constitucional para ello). Reciben el premio o castigo que se merecen y, al final, el orden vuelve a establecerse. No todas las telenovelas tienen un final feliz, pero todas dejan una enseñanza, hay un aprendizaje que se comparte y, sobre todo, queda la sensación de que es posible pensar en que podemos seguir viviendo juntos. ■

Notas

1. Esta reflexión es parte de la investigación en curso ANID/Fondecyt Regular/ N° 1231922 del cual la autora es coinvestigadora.
2. Los tipos sociales son características de personajes de corte más realista, menos polar. En la escala de los grises. Los buenos pueden no serlo tanto o pueden cometer errores, y los malos no son tan detestables. Este término es utilizado por Valerio Fuenzalida (1996) cuando habla de las telenovelas chilenas.
3. Me refiero a las ficciones sobre Pablo Escobar.

Referencias

- Antezana, L. y Cabalin, C. (2022). *Miradas al pasado. Lecturas generacionales de series de ficción televisiva sobre el Golpe de Estado y la Dictadura en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Fuenzalida, V. (1996). La apropiación educativa de la telenovela. *Diálogos de la Comunicación*, 44, 91-104.



Fuente: fotos para Radio JGM de Gastón Villarroel & Rodolfo Lira

Lorena Antezana Barrios es Doctora en Información y Comunicación y Profesora Asociada en la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Directora del Núcleo de Investigación en Televisión y Sociedad (NITSChile).